



Las ideas y el poder (Las aporías de la política de José Francisco Ruiz Massieu)

Humberto SANTOS BAUTISTA
David CIENFUEGOS SALGADO

Cuando se definen los efectos del poder por la represión se da una concepción puramente jurídica del poder; se identifica el poder a una ley que dice no; se privilegiaría sobre todo la fuerza de la prohibición. Ahora bien, pienso que esta es una concepción negativa, estrecha, esquelética del poder que ha sido curiosamente compartida. Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera nunca otra cosa que decir no, ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir

Saber y poder, Foucault

Introducción

En Guerrero, es cada vez más un imperativo ciudadano entender los códigos que definen el discurso político y las redes que sustenta al poder. ¿Con qué códigos vamos a entender las

formas en cómo se construye el poder político en Guerrero, hegemonizado por una clase política que no parece tener ninguna identidad con los ciudadanos que dice representar? ¿Cómo se va a construir el nuevo discurso político, con una clase política sin ideas de lo que resulta ser un contexto como el Sur de México, y particularmente, el de Guerrero? ¿Cuál es la noción de democracia desde la cual tenemos que plantear un nuevo pacto político que nos permita trascender los históricos rezagos nos han acompañado siempre? ¿Por qué si nuestra patria no podría concebirse sin las históricas batallas que por la libertad, la soberanía y la democracia se han librado en estas tierras del Sur, los guerrerenses no hemos merecido un destino mejor? ¿Por qué si ha sido en Guerrero donde se ha mantenido la rebeldía en contra de la injusticia social, expresada en los movimientos por las libertades democráticas, con la finalidad de promover las transformaciones de fondo que el país demanda, seguimos siendo un estado rezagado en lo económico, lo político y lo social?

La participación de los guerrerenses en las luchas por la democracia, ha tenido un costo social muy alto. Los muertos y desaparecidos son parte de nuestra historia reciente: de la finalmente aceptada y hoy condenada guerra sucia de los años setentas a las masacres de Aguas Blancas y El Charco, pasando por el asesinato reciente de dirigentes políticos guerrerenses connotados. En esa perspectiva, es un imperativo ético recuperar nuestra historia para repensar a Guerrero, porque es evidente que hacen falta ideas y propuestas para entender mejor los grandes problemas emergentes que tenemos.

Podemos hacerlo desde diversas atalayas, aunque al final debemos reconocer que lo más difícil es aceptar que los problemas que nos atosigan pueden ser entendidos. En gran parte hemos llegado al punto del fatalismo al aceptar prácticamente como inescrutables todos los problemas. Sin embargo, el concepto mismo de problema debería darnos el empuje necesario para emprender tal tarea: el diccionario de la

Real Academia Española nos ofrece al menos tres acepciones que podemos aplicar en nuestra labor indagatoria: “cuestión que se trata de aclarar”, “proposición o dificultad de solución dudosa” y “conjunto de hechos o circunstancias que dificultan la consecución de algún fin”. ¿Con cuál acepción queremos emprender el entendimiento de lo que ocurre en nuestra entidad?

Hacer esa revisión histórica, implica preguntarse, ¿En manos de quien depositamos el poder político en Guerrero? Sin duda, nos hace falta una nueva concepción de la política con la finalidad de proponer alternativas originales a los problemas que enfrentamos, porque es preciso comprender muy bien estos desafíos que parecieran pasar desapercibidos para quienes ahora se asumen como nuestros gobernantes. Sin embargo, esa tarea implica revisar la relación entre el discurso político y la práctica gubernamental, es decir, desentrañar las mediaciones que hay en el ejercicio del poder. Y ello implica asumir que se puede, al menos se pretende, ser imparcial para describir tales fenómenos; difícil tarea que los académicos en ocasiones pretenden llevar sobre sus hombros. En el extremo opuesto, la parcialidad se corresponde con la ceguera de que dota el poder a sus hombres y mujeres, a los que adjetiva como de Estado. En ambos sentidos, se percibe como una necesidad la búsqueda de explicaciones, sean éstas fáciles o complejas.

En ese sentido, tal vez quien desde el poder pudo entender mejor esa necesidad, fue José Francisco Ruiz Massieu, que fue gobernador de Guerrero de 1987 a 1993. No fue casual que definiera a su administración como “un gobierno de ideas y de hechos”, y que también priorizara en su discurso la necesidad de “una nueva política”. En cierto sentido, verbalizó lo que había comenzado a caracterizar el gobierno local desde el mandato de Alejandro Cervantes Delgado. El problema con Ruiz Massieu puede encontrarse en que, al revisar sus discursos, da la impresión de que estaba convencido de que en

el ámbito local, no tenía interlocutores ni entre sus correligionarios ni en la oposición. Más allá de la sólida formación académica que tenía, específicamente, en materia jurídica, la visión de Ruiz Massieu sobre Guerrero estaba mediada (y maniatada en cierto sentido) precisamente por los marcos ortodoxos del derecho y la ciencia política. No le fue difícil entender que Guerrero no era ni sería en el corto plazo un Estado de Derecho y, tal vez por eso, impulsó y creo la primera Comisión de Derechos Humanos en el país, lo que, paradójicamente, era el reconocimiento tácito de que la entidad, era un territorio donde la violación a los derechos humanos era una realidad cotidiana. Y concluía, en cierta forma, la pretensión de su antecesor de restañar heridas abiertas con la guerra sucia; luego de la expedición de la legislación de amnistía local.

En ese mismo contexto, educado en la cuna de la democracia occidental –Inglaterra-, tampoco le dio trabajo comprender que Guerrero no era ninguna democracia y que la base real de poder eran los cacicazgos que se reproducían en todas las instituciones del estado, y tal vez por ello, en el ocaso de su gobierno y una vez de que su partido, el PRI, había designado como su sucesor a Rubén Figueroa Alcocer, se permitió decir que: *“El siglo XX en Guerrero había iniciado con un Figueroa y que también terminaría con otro Figueroa”*. La interpretación de esta frase puede ser apretada, pero era también el reconocimiento de que durante un siglo el estado no había podido trascender los límites del cacicazgo. Guerrero seguía siendo un territorio dominado por caciques no por demócratas.

Ruiz Massieu tenía claridad en que sus intentos por modernizar al estado no fueron suficientes y que la transición que pretendió instrumentar, con todo y sus vertientes autoritarias, quedaría frustrada. Por eso, nos parece que su acción de gobierno no siempre fue congruente con sus ideas democráticas que expresaba en el discurso. Sin embargo, es evidente también que

ello debe contextualizarse en el momento y circunstancia que le correspondió gobernar.

La Modernización de Guerrero: el proyecto y la utopía de Ruíz Massieu

El gobierno de José Francisco Ruiz Massieu se caracterizó por promover en la entidad el proyecto neoliberal que se impulsaba desde el Gobierno Federal. La afinidad con este nuevo marco para organizar la vida política y económica del país, se entendía porque el gobernador se asumía como parte del nuevo grupo que hegemonizaba el poder político en México. En ese sentido, marcó una diferencia que se hizo visible desde el principio de su mandato con relación al gobierno anterior de Alejandro Cervantes Delgado. No le gustaba el populismo de su antecesor aunque sí conservó ciertos gérmenes de nepotismo.

El proyecto político que puso en marcha encontró poca resistencia por parte de la oposición, toda vez que la llamada izquierda –o las izquierdas-, habían tenido una participación testimonial en la campaña por la gubernatura de 1986. El PRI había ganado la elección con más del 80 por ciento de la votación en contra del 4 por ciento que había obtenido el candidato de oposición, el Dr. Pablo Sandoval Cruz, abanderado de la Unidad Popular Guerrerense. Sin embargo, más allá de esta diferencia numérica, el problema de fondo era que la izquierda no tenía un discurso alternativo en el cual se expresara las necesidades del contexto y esa falta de ideas y propuestas era un vacío que todavía está pendiente de llenar. Desde entonces la izquierda no ha podido ser capaz de poder explicar nuestros problemas o de nombrarlos con un lenguaje propio. Por eso no ha podido proponer un modelo de desarrollo para Guerrero más allá de la lógica del mercado global que, que desde entonces empezaba a aparecer como el gran ordenador de la vida económica y social.

En esas circunstancias, cuando Ruiz Massieu planteaba la necesidad de un debate de ideas, era sintomático que no

encontrara interlocutores en la izquierda ni en sus colegas del PRI, porque paradójicamente, ambos miraban al pasado: los viejos priístas –“los fordcitos de los sesentas”-, seguían pensando conforme a los parámetros de la ya inexistente “revolución mexicana”, y la izquierda seguía aferrada dogmáticamente a un oscurantismo ideológico –pese a las duras críticas del PMT de Heberto Castillo-, del cual iba a despertar abruptamente con el derrumbe del llamado “socialismo real”. Ruíz Massieu también miraba hacia fuera, pero a diferencia de los demás, él sí podía percibir los vientos del cambio del mundo global. Por eso su propuesta para gobernar trataba de adecuarla a esa nueva realidad, aun cuando su diagnóstico partía del reconocimiento amargo de que: *“Guerrero, es un estado eminentemente rural, y lo seguirá siendo por los próximos veinticinco años”*, es decir, tenía claro que para modernizar al estado, se necesitaba de un cambio cultural de fondo y que ni la derecha ni la izquierda tenían la capacidad para entender la dimensión de esos nuevos desafíos. Aunque, como es fácil de entender, también su diagnóstico resultó contradictorio con las propuestas políticas, económicas y jurídicas.

En efecto, Ruíz Massieu fue testigo privilegiado (y posicionado) de hechos históricos que en el contexto nacional e internacional, cambiarían para siempre nuestras formas de ver el mundo. En el plano nacional, vivió de cerca la escisión de su partido con la conformación de la Corriente Democrática del PRI, formada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo en la segunda mitad de los años 80's, y en ese contexto fue un actor protagónico de la elección de 1988 y del fraude electoral que quedó en la conciencia de los mexicanos. Su participación en el proceso electoral contribuyó, sin duda, al encumbramiento en la presidencia de la República de Carlos Salinas de Gortari, pero manchó para siempre su filiación de demócrata a la que aludía con frecuencia en sus escritos y en sus discursos políticos. En 1989 pudo mirar el derrumbe del muro de Berlín y la caída de la Unión Soviética, hecho que

repercutió en la orfandad de la izquierda que se quedó sin las banderas que permanentemente sustentaba su discurso revolucionario. En ese mismo año, pudo presenciar la creación del Partido de la Revolución Democrática –PRD–, partido con quien mantuvo una confrontación permanente y al que se refería con cierto desdén como: “*El partido de la violencia y de la sangre*”, y al que trató de desaparecer, con todos los medios que desde el poder se podía permitir. Así, mientras por un lado mantuvo un discurso tendente a la pluralidad, en la práctica política obvió la misma. La oportunidad de retomar su discurso, en un contexto diferente, para llevarlo a la práctica sigue presente.

Su afiliación al neoliberalismo se puede apreciar en su apoyo sin reservas a las reformas constitucionales instrumentadas por Salinas de Gortari, y que hasta entonces, se habían mantenido como los símbolos que le daban identidad al ideario de la revolución mexicana, sobre todo, las que tutelaban la rectoría del estado en materia económica, las que regulaban la propiedad de la tierra y las que regían el papel del estado en el ámbito de la educación. Ruíz Massieu era un tecnócrata convencido de que esas reformas eran necesarias para modernizar al estado y al país, para adecuarse a las nuevas circunstancias del mundo global. En la última etapa de su vida, también le tocó vivir la tragedia del asesinato de Luís Donaldo Colosio a quien le dedicó un artículo donde reflejaba su pesar por lo que significaba la desaparición del candidato del PRI a la presidencia y el impacto que esto tendría para la vida política de México. No sabía que seis meses después, él también sería una víctima, de lo que Colosio definió con certeza como: “*la perversidad del sistema*”.

Las batallas por la transición a la democracia

En 1989, el movimiento encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas que había sido víctima del fraude electoral en la elección presidencial del año anterior, convocó a la formación de un

nuevo partido, en el cual se iban a fusionar todos los partidos de izquierda que habían participado en el proceso electoral. Es así como nace el Partido de la Revolución Democrática –PRD-, que aglutinaba a este gran movimiento social donde confluían los grupos de izquierda más importantes del país, para mantener la esperanza de que el cambio democrático era posible por la vía electoral y que se podía impulsar un proyecto propio. Desde su fundación, Guerrero fue el bastión más importante del PRD y se convirtió en un verdadero dolor de cabeza para el gobierno estatal. Si bien es cierto que desde el principio, quedó en evidencia que la izquierda guerrerense no tenía proyecto propio y que no tenía una cultura ni una tradición democrática, y que las luchas por conquistar el poder se circunscribieron a los procesos electorales, lo cierto es que, de una o de otra manera, nuclearon al movimiento social guerrerense. Sin embargo, esa ausencia de proyecto desperdició la capacidad de convocatoria del cardenismo y los dirigentes perredistas guerrerenses de ese tiempo, en lugar de potenciar un cambio cultural que permitiera instrumentar un proyecto propio que diera respuesta a los problemas más sentidos de la gente, como la pobreza, el desempleo, la salud, la educación, los migrantes, etc., enfrentaron a la gente, sin organización y sin preparación política, al aparato represor aun existente del estado, el cual los reprimió sin miramientos.

La improvisación en la que nace el PRD no era ninguna novedad, pues la mayoría de sus dirigentes eran viejos militantes universitarios, que habían hecho actividad política al interior de la Universidad Autónoma de Guerrero -UAG-, y se disputaban el control de la misma desde distintas corrientes que se reclamaban de izquierda, por encima de las cuales, destacaban principalmente la autodenominada “izquierda independiente”, que tenía el control de la administración de la Universidad, y los miembros del Partido Comunista Mexicano –PCM-, que controlaban los sindicatos. Por supuesto, ni la “izquierda independiente” ni el PCM se caracterizaban por su

pasado democrático y trasladaron -sin hacerse ninguna autocrítica de fondo ni ponderar las nuevas circunstancias del contexto nacional e internacional-, los vicios y las conductas antidemocráticas al PRD. En la UAG no había un debate de ideas para generar conocimiento, sino que se encontraban atrapados en un oscuro debate ideológico que no le servía a nadie, porque eso había llevado a la Universidad a un desconocimiento brutal del contexto guerrerense. Los grupos que se disputan el poder al interior de la Universidad habían terminado subordinando la academia a sus ambiciones de poder, lo cual tuvo consecuencias negativas posteriores, que todavía se siguen pagando. En ese sentido, los fines superiores de la Universidad pública -concebida como proyecto para generar conocimiento y formar integralmente a los ciudadanos-, se pervirtieron y se perdió la oportunidad de desarrollar el conocimiento a la altura de las circunstancias de Guerrero. En esas circunstancias, la dirigencia de la izquierda que se aglutinaba en el PRD, extravió a la militancia en los laberintos de la política de la peor especie: la del mercado electoral, y con ello, el PRD, dejó de ser el espacio de lucha política para la transformación del estado y del país, y pasó a ser un simple instrumento utilizado por las dirigencias partidistas para conservar sus privilegios. En el camino, la UAG quedó convertida en mero botín del poder.

Esto no pudo pasar desapercibido para un estudioso de la ciencia política como Ruiz Massieu, quien percibió que el PRD era un partido sin proyecto y sin vocación de poder, por lo cual, en caso de mantenerse su existencia, podría ser más fácilmente sometido al llamado “pensamiento único”, asumiendo las recetas neoliberales del mundo global, sintetizadas en el “Consenso de Washington”. En efecto, la incapacidad de la dirigencia perredista para reconocer opciones más allá de la tendencia hacia la mundialización de la economía, los llevó a sepultar la vida democrática del partido, trasladando las prácticas nocivas que los acompañaba conforme a su hoja de

vida en la política. Los que venían de la izquierda traían una vieja cultura de dogmatismo casi fanático y los que provenían del PRI se sentían los herederos por derecho propio de una cultura corporativa y caciquil, que estaba acostumbrada al sometimiento de las masas y no a considerarlas como sus interlocutoras válidas para impulsar los cambios sociales. La ausencia de vida democrática al interior del partido propició la subordinación de una militancia a la que sólo se le llamaba –y se le sigue llamando junto con el resto de la población–, para participar en los procesos electorales. Sin principios, sin proyecto y sin una práctica democrática que los hiciera diferentes a la derecha y al centro, el PRD quedaba casi en la indefensión y expuesto a la represión del gobierno.

En el régimen de Ruiz Massieu, las exigencias del PRD de una mayor apertura democrática, encontraron como respuesta la violencia represiva. En su gobierno desaparecieron cientos de perredistas que luchaban por las libertades democráticas. En contraste con la vocación democrática a la que aludía con frecuencia y que ha quedado consignada en muchos de sus escritos y discursos, Ruiz Massieu persiguió casi de manera obsesiva a la oposición. En realidad, nunca buscó el diálogo con la izquierda, tal vez, porque como se explica en párrafos anteriores, no los consideraba como interlocutores válidos. En el fondo, no deseaba la interlocución con la izquierda, sino su sometimiento, dado el proyecto que pretendió encabezar y que ameritó que él fuera el principal artífice del mismo, ante la incapacidad de muchos de sus partidarios.

En esa tesitura, quien mejor entendió la nueva política del gobernador fue precisamente la administración de la Universidad Autónoma de Guerrero, y el rector de ese tiempo, el Dr. Marcial Rodríguez Saldaña, junto con su grupo político fueron los primeros en someterse a la nueva política del gobernador. Nadie olvida que fue precisamente en su período cuando por vez primera, un gobernador priísta pudo pisar los recintos universitarios, a pesar de la represión organizada en

contra del PRD y de que muchos profesores y estudiantes de la UAG, eran miembros del partido. En correspondencia con esa nueva relación entre el gobierno estatal y la Universidad, se otorgaron concesiones a la administración de la Universidad. Los funcionarios de la Universidad se adecuaban a los nuevos tiempos, asumiendo acríticamente el discurso de la globalización neoliberal, como puede leerse en la visión sobre la educación superior y en las propuestas que las autoridades universitarias expresaban en ese tiempo. El llamado proyecto “Universidad-Pueblo” y la vieja tradición de lucha de la UAG, quedaron relegados al olvido. Se evidenció que a partir de ese momento, sería el partido el que organizaría la protesta social y, por supuesto, también pagaría los costos de la represión.

La tarea de repensar a Guerrero

La revisión somera de algunas ideas políticas de José Francisco Ruíz Massieu y de sus acciones de gobierno, confirman que la complejidad de los problemas de Guerrero son de tal dimensión, que difícilmente caben en los estrechos marcos de la ortodoxia teórica, sea jurídica, económica, política o pedagógica. Es decir, la problemática guerrerense no cuadra en los marcos teóricos tradicionales. Sin duda, Ruíz Massieu percibió, conforme a su visión de jurista, que por ejemplo, Guerrero no podía explicarse desde los límites del Estado de Derecho. Los cacicazgos como fuente de poder real en la entidad, contradicen esas perspectivas teóricas. Guerrero tampoco cabía en los marcos de la ciencia política y el paradigma de la democracia: los ciudadanos todavía no participan con plenos derechos en la cosa pública, toda vez que la partidocracia tiene secuestrada a la ciudadanía. Es más, ese ideal sigue sin alcanzarse precisamente ante el creciente fenómeno de inseguridad que ha permeado todos los ámbitos sociales del Estado.

Por ello, a la hora de hacer la revisión de la historia sobre los gobernantes guerrerenses, no basta el análisis del discurso u la

mirada hacia sus acciones, sino plantearse algunas interrogantes tratando de entender que los llevó a justificar el diseño e instrumentación de sus particulares políticas públicas: ¿Cuál ha sido la ideología que ha dominado durante más de un siglo de historia en Guerrero? Esto nos parece sumamente importante, porque finalmente es lo que define el proyecto. ¿Tenemos posibilidades reales de reformar al estado y redescubrir las potencialidades de la sociedad guerrerense? ¿Cómo podemos recuperar la vocación de poder de los guerrerenses y trascender la vocación por la derrota? ¿Cuál es la idea de tiempo histórico que vamos a privilegiar en el análisis de los problemas de Guerrero?

Estas reflexiones son necesarias en este momento y requieren de la concurrencia de todos los actores, tanto en el plano académico como en el político. La exigencia es pertinente ante los datos que muestran un proceso de debilitamiento de las instituciones, ya no solo en el plano político y jurídico, sino, y eso es lo más preocupante, en el plano social.

Conforme con las ideas aquí expresadas, se trata de organizar la reflexión teniendo una idea central que está ausente en el análisis histórico: Un análisis de las derrotas que ha sufrido Guerrero. ¿Cómo es que siendo un estado con un pueblo tan apasionado en las luchas, rebelde y combativo, siempre terminamos derrotados? ¿Por qué no hemos tenido la capacidad de diseñar un proyecto alternativo que pueda sintetizar todas las aspiraciones de los guerrerenses? ¿Cuál es nuestra viabilidad como entidad federativa? ¿Vamos a seguir siendo sólo destino turístico, fuente de mano de obra barata, zona expulsora de migrantes?

Muchas de estas interrogantes, tal vez pasaron por la mirada de Ruíz Massieu, y en cierto sentido, dejó las soluciones escritas en sus obras y en sus discursos, esperando que llegara el tiempo de los interlocutores que él creyó no encontrar.